



UN VIAJE Á PIÉ QUIETO.

Juguete en un acto, arreglado á la escena Española por D. RAMON DE NAVARRETE, estrenado en el teatro de la Zarzuela en Enero de 1869.

PERSONAJES.

ACTORES.

D. CÁRLOS, (30 años).....	D. Emilio Mario.
D. ALBERTO, (32 años).....	D. Alfredo Maza.
EL TIO CANUTO, (50 años)....	D. José Alisedo.
LORENZO, <i>guardia civil</i> (30 id.)	D. N. Vallés.
CECILIA, (19 años).....	Doña Cándida Dardalla.
EMILIA (22 años).....	Doña Dolores Castro.

La escena es en Madrid y en nuestra época.

El teatro representa una salita modestamente amueblada: en el fondo un armario practicado en la pared, el cual comunica con la habitacion inmediata; en el fondo, tambien á la izquierda, la puerta de entrada. Entre esta y el armario, alcoba con cama cubierta por cortinas. Cuando se abre la puerta del armario, se vé sobre una tabla colocada á unos cinco pies de altura, un poco de vajilla, y una bandeja con un plato de jamon, una servilleta, un vaso y una botella de vino: junto un tenedor y un cuchillo.—En primer término á la izquierda un escritorio antiguo con cajones; colgado encima un cuadro que representa un pais montañoso. En segundo término un cuartito ó gabinete practicable. A la derecha, sobre una silla, un traje de hombre; en segundo término ventana con colgadura.—Mesita con libros. En el lado opuesto un gran sillón, y encima de él un par de botas.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA, *despues* CECILIA.

(*Al levantarse el telon, Emilia vestida de hombre está guardando joyas en un cofrecillo, que encierra despues en el escritorio.*) Aquí están todas mis alhajas, única cosa que me he traído conmigo al abandonar el domicilio conyugal. Me parece que en este escritorio estarán bien guardadas. (*cierra el escritorio y se mete la llave en el bolsillo.*) Veamos ahora si mi prima Cecilia se halla en su cuarto. (*Corre al armario, abre la puerta, y dá unos golpecitos en la interior. Aquella se abre en seguida, y aparece Cecilia.*)

Cec. Eres tú?

EMI. Sí, yo soy.

CEC. Y por qué te has disfrazado de hombre?

EMI. Desde hoy no me llamo Emilia, sino D. Carlos de Aguilar.

CEC. Qué cabeza, Dios mio, qué cabeza!

EMI. Pues qué, querias que cayese en la red que me tendia ese tunante de Diego Ramirez, el amigot de mi caro esposo?

CEC. Creo que has llevado las cosas demasiado lejos.

EMI. No tal: no sabes tú lo que me ha perseguido con cartas, con miradas, con señajos aquel séduktor de oficio! Y el simplon de mi marido diciéndome que todas eran ridiculeces y aprensiones mias! Por fin, como Diego me dijo que él quanto se le antoja, ocho dias há le persuadió de que debíamos irnos los tres á Valencia á establecer allí una tienda de géneros ultramarinos... todo con objeto de que viviendo reunidos tuviese mejor proporcion de continuar sus pretensiones amorosas. Yo entonces me planté y le dije á Alberto;—Alto ahí! Tú te marcharás si quieres: pero yo no te acompaño.—Por qué?—En primer lugar porque no me dá la gana, y en segundo porque soy una muchacha de honor!—Lo que tú eres, repuso él, es una vana y una presuntuosa, que te figuras que no hay quien no se enamore de tí.—Será lo que quieras; mas yo me entiendo y bailo sola.—Pues vendrás.—Pues no irá.—Y tuvimos una pelotera de dos mil demonios. En cuanto él se largó, coji todas mis alhajillas y un poco de dinero, y me vine á tu casa.

CEC. Donde, á pesar de mis esfuerzos, no he podido disuadirte de tu mala idea.

EMI. Mala idea? Porque quiero evitar la persecucion de un libertino?

CEC. Pero estás bien segura?..

EMI. Segurísima; como que puedo enseñarte sus cartas.

CEC. Y cuál es tu plan?

EMI. Yo sabia que este cuarto estaba deshabitado, porque el inquilino se marchó hace poco á la Habana; y como tiene comunicacion con el tuyo por medio del armario, me conviene mucho para estar juntas y separadas. Hablé al tio Canuto, el portero, el cual, con objeto de ganarse unos cuartos, no vaciló en alquilármelo, aunque con la condicion absurda de que habia de llevar el nombre del dueño de los muebles,

D. Cárlos de Aguilar. Yo pasé por todo, con tal de vivir cerca de tí, y aquí me tienes instalada ya en mi nuevo domicilio.

CEC. Lo que no comprendo es, que te hayas puesto ese disfraz.

EMI. Una mujer sola, jóven y... bonita, está mas espueta que un hombre en iguales circunstancias.

CEC. Tu marido acaba de marcharse de mi casa, y anda loco buscándote.

EMI. Sí, qué me busque.

CEC. Dice que él te obligará á que le sigas, y que si es menester, acudirá á los tribunales.

EMI. Cuándo se vá?

CEC. En cuanto te encuentre.

EMI. Pues no me encontrará; y mientras ellos permanezcan en Madrid, seguirá mi encerrona.

CEC. Creo que llaman. (*golpes en la puerta.*)

CAN. (*dentro.*) D. Emilio! Señorito Emilio!

EMI. Ah! Es el portero, y debemos tener mucho cuidado con él porque es interesado y hablador.

CEC. Yo me escapo.

CAN. Abra V. D. Emilio; es cosa urgente.

CEC. Hasta luego, querida.

EMI. Que no tardes.

CEC. Volveré en cuanto te quedas sola. (*Vase cerrando la puerta del armario: Emilia corre á abrir al tio Canuto.*)

ESCENA II.

EMILIA, el tio CANUTO.

EMI. Qué ocurre, tio Canuto?

CAN. (*muy agitado.*) Señorito, hay novedades.

EMI. Pues qué pasa?

CAN. Es menester que desocupe V. este cuarto inmediatamente.

EMI. Eso sí que no.

CAN. Le daré á V. otro mucho mejor en el piso de arriba.

EMI. Este es el que me acomoda.

CAN. Chit! Si el inquilino supiese que durante su ausencia he alquilado su habitacion, sus muebles y hasta su nombre, qué seria de mí?

EMI. Bah! Si está en América!

CAN. Aquí tengo una carta...

EMI. Para mí? De quién?

CAN. De D. Cárlos, del verdadero D. Cárlos.

EMI. Le escribe á V. desde la Habana?

CAN. No por cierto; de Cádiz, señorito: de modo que puede llegar de un momento á otro, y es indispensable que se suba V. arriba sin dilacion.

EMI. No correrá tanta prisa! (*ruído de un coche abajo.*)

CAN. (*corriendo á la ventana y gritando.*) Dios mío!

EMI. Qué es eso? V. me quiere matar á sustos!

CAN. (*desde la ventana.*) Es él! Ha llegado al mismo tiempo que su carta! Ya está pagando al cochero... Corra V. Corra V! (*Coje los efectos de Emilia, y se los entrega á esta, que los deja caer.*)

EMI. Pies para que os quiero. (*Muy asustada, recogiendo una caja de sombrero.*)

CAN. Tome V. las botas y el gaban, y escápese.

EMI. Aguarde V., tengo que sacar algo del escritorio. (*vuelve á dejar caer las botas y el sombrero.*)

CAN. (*queriendo ayudarla á recojerlo, derriba la mesa con los libros que están encima.*) Ya no hay tiempo! Volverá V. cuando salga. (*empuja á Emilia.*)

EMI. Y si no sale?

CAN. No tendrá mas remedio que salir, porque si no le dejaré morir de hambre... Doy á V. mi palabra... de portero.

EMI. Sin embargo...

CAN. Que sube las escaleras... Vuele V... La segunda puerta á la izquierda. (*Emilia se resiste aun: él la hecha fuera.*) Pero V. me quiere perder, santo varon? (*Emilia se vá.*) Jesús! Jesús! Si D. Cárlos llega á descubrirlo, qué supondrá de mí? Supondrá que he sido capaz de abusar de su confianza para especular con el cuarto. (*Se oye dentro tararear á D. Cárlos.*) El es! No me llega la camisa al cuerpo.

ESCENA III.

D. CÁRLOS, el tio CANUTO.

CÁR. Hola, tio Canuto. Cómo ha ido?

CAN. (*en tono triste.*) Muy bien, D. Cárlos, y á V?

CÁR. Con qué tono me lo dices! Cualquiera creería que sientes volverme á ver.

CAN. Al contrario, señor. La alegría me tiene trastornado, y...

CÁR. (*mirando en torno suyo.*) Pues parece que á mis muebles les ha producido el mismo efecto mi vuelta. (*levantando una silla.*)

CAN. Yo le diré á V... Es que estaba arreglándolo todo. Durante la ausencia de V. he hecho lo mismo que siempre. (*recoje los libros.*)

CÁR. No era menester que te tomases tanto trabajo. Además, mañana vuelvo á marchar!

CAN. (*con alegría.*) De veras? Y á dónde?

CÁR. A América otra vez. (*deja su maleta sobre el sillón, y pone la capa en el respaldo.*)

CAN. A la isla de la Cuba?

CÁR. (*riéndose.*) Sí: á la isla de la Cuba.

CAN. Pero entonces... y perdone que me intruzque en sus asuntos... Por qué ha venido V?

CÁR. Porque tenia que averiguar una cosa!

CAN. Una cosa? El qué?

CAN. El nombre de cierta persona...

CAN. (*Qué dice?*)

CÁR. Tú opondrás que hubiera podido escribir para esto: nada mas fácil; pero á mí me gustan mucho los viajes; viajo por viajar, y por tener emociones. No hay dinero mejor gastado que el que se emplea en asientos de ferro-rarriles y diligencias.

CAN. *Catalai*, lo que yo me digo, cuando voy *diaqui* á Caramanchel.

CÁR. Pues justamente á Carabanchel se habian limitado mis expediciones, hasta hace algunos meses que me encuentro como llovida del cielo con una pingue herencia. (*Canuto respira fuertemente como si fuese á estornudar.*) Despacha, hombre, y estornuda.

CAN. Si no es que tenga gana, señor, si no que cuando veo que á alguien se le muere alguien que le deja algo, no puedo menos de pensar:—Qué fortuna si yo tuviese esa disgracia!

CÁR. Pero mi tio nos habia dejado sus bienes por mitad á mí y á una vieja parienta lejana, y muy lejana, puesto que reside en América. Se necesitaba establecer correspondencia con ella para arreglar nuestros intereses, y esto era cosa muy fastidiosa. Entonces me ocurrió una idea. Por qué no he de hacer un viaje? me dije. Pensado y hecho; me voy por el ferro-carril á Cádiz; me embarco allí para la Habana, y á poco me encuentro en alta mar.

CAN. Y es tan grande como pretenden la mar?

CÁR. No; un poco mas grande que el estanque del Retiro.

CAN. Vea V... Y le cuentan á uno tantas patrañas! Los viajeros son unos mentirosos!

CÁR. Todos son unos solemnes embusteros.

CEC. (*queriendo escaparse.*) Qué importa mi nombre?
 CÁN. A mí me importa mucho.
 CEC. Pues bien... me llamo Cecilia.
 CÁN. (*con mayor asombro cada vez.*) Cecilia! El nombre que he leído en esa puerta! (*señalando á la del armario.*)
 CEC. (*naturalmente.*) Si señor.
 CÁN. (*aparte, furioso.*) (Es la querida del coracero!) (*á Cecilia en tono de reconvencción.*) Cómo, joven inesperta!...
 CEC. (*interrumpiéndole y con abandono.*) V. tiene trazas de ser un hombre bondadoso é indulgente, y prefiero confesárselo todo. Se trata de una persona... (*se oye dentro á D. Alberto y al tío Canuto que disputan.*)
 ALB. (*dentro.*) Entraré... entraré... Mi mujer debe estar ahí.
 CÁN. Pues yo le digo á V. que no entrará. (*siguen las voces.*)
 CÁN. Con quién disputará el tío Canuto?
 CEC. (*asustada.*) No hay duda! Es la voz de Alberto!
 CÁN. Será su marido? (*aparte, pero alto.*)
 CEC. (*oyéndolo.*) Justamente!
 CÁN. (Es casada!) (*á Cecilia.*) Será con un hombre brutal, violento...
 CEC. Si; y además celoso como un turco.
 CÁN. (*con ternura.*) Yo la defenderé á V., aun á costa de mi vida.
 CEC. (*conmovida.*) Gracias.
 CÁN. No tema V. nada, señora. (*abre la puerta del fondo y escucha.*)
 CEC. (Pobre Emilia! Si se llegan á encontrar, no sé lo que sucederá. Voy á ver si está en mi casa.) (*éntrase rápidamente por el armario, que cierra.*)
 CÁN. (*suponiéndola siempre allí.*) Parece que se alejan los que disputan... (*creyendo hablar á Cecilia.*) Quizás debería V. aprovechar este momento para... (*vuelve la cabeza y hace un movimiento de asombro.*) Dónde está? Ha desaparecido! Se habrá refugiado en ese... (*señalando con el dedo al gabinete.*) ES MENESTER proseguir la aventura. (*se dirige al gabinete; abre la puerta, y se detiene, visiblemente contrariado.*) Sin embargo, casada... y tiene relaciones con un coracero! Pero es tan bonita, tan graciosa, tan... (*entra en el gabinete.*)

ESCENA VI.

D. ALBERTO, despues el tío CANUTO.

(D. Alberto abre la puerta de la escalera con violencia, sale disparado, y corre al armario.)

ALB. Aquí es! Estoy seguro de que es aquí. (D. Alberto tiene voz atiplada, y sale vestido ridículamente.)

CÁN. (*sale detrás de él, sin poderle alcanzar, aunque anda de prisa.*) Demonio de hombre! Cuando creo que se vá á largar, sube de cuatro en cuatro los escalones, empuja la puerta que estaba entornada, y se mete de rondon en el cuarto. Caballero, (*á D. Alberto, que mira en el armario.*) V. no tiene derecho para colarse en la habitación de nadie. Así, tome V. el portante en seguidita.ALB. (*cerrando la puerta con violencia.*) Estoy perfectamente informado. Dónde se esconde mi mujer?

CÁN. Conozco yo por ventura á su mujer de V?

ALB. Lo veremos. (*mira hácia la alcoba, al mismo tiempo D. Carlos entreabre la puerta del gabinete para salir.*)CÁN. (*precipitándose sobre la puerta, y empujando á Don Carlos.*) Cáspita! D. Carlos! Es menester que no se vean! (*echa el cerrojo á la puerta.*)ALB. (*que lo ha visto.*) Cierra la puerta! Con que está ella ahí? (*acercándose.*)CÁN. (*rechazándole.*) Señor mio, aquí no hay ninguna mujer.ALB. Portero de los diablos, sepa V. que aunque no soy fuerte, soy nervioso. (*quiere dirigirse al gabinete: Canuto le vuelve á rechazar.*) Me consta que la loca de mi mujer se ha disfrazado de hombre.

CÁN. Y á mí, qué me importa que sea hombre ó no su mujer de V?

ALB. Si estuviese aquí mi amigo Diego Ramirez, entonces no levantaría V. el gallo, porque tiene unos puños que ya, ya! El tambien anda buscando á mi mujer, y si la encuentra... (*quiere dirigirse otra vez al gabinete: Canuto se interpone, y le hace dar una pirueta.*) Qué veo! (*viendo el guante que D. Carlos dejó sobre la mesa.*) Ese guante blanco... es de Emilia! (*oliéndolo.*) Si, lo reconozco hasta en el olor de patchouli que ella usa siempre. Lo negarás todavía, portero incivil?

CÁN. Salga V. de este cuarto, repito. Ese guante no prueba nada.

ALB. (*aplicándole el guante á las narices.*) Pero huele, miserable, huele!CÁN. (*estornudando.*) Achi! Jesus! que olor tan fuerte! Quítese V. de ahí con esas *perfumerías*, que solo usan los maricones.

ALB. Yo no soy maricon, está V?

CÁN. Pues al menos tiene V. voz de tal.

ALB. Y sepa V. que no me dejo insultar de nadie, pues aunque no soy fuerte, soy nervioso.

CÁN. Yo soy gallego... y no le digo á V. otra cosa.

ALB. Y qué harás, bruto, qué harás?

CÁN. Cojerle de una oreja, y echarle por las escaleras abajo.

ALB. Hola! Conque quieres echarme de aquí para que no encuentre á mi esposa? Pues yo volveré con una pareja de civiles, que te obligarán á que me la entregues, y te meterán en la cárcel despues.

CÁN. En tá cárcel á mí? Y por qué causa?

ALB. Por ocultar mujeres casadas; por encubridor, por...
 CÁN. Encubridor yo? Mire V. que me vá faltando la *pacencia!*...

ALB. Cafre, hotentote, canibal!

CÁN. Pues ya se me ha subido el humo á las narices, y tú verás.

(Corre detrás de él: Alberto huye tirando para detenerle mesa, libros y sillas; así atraviesan la escena y al cabo Canuto coje á D. Alberto. Momento de lucha, en que este se resiste á salir.)

ALB. Suéltame, que me haces daño!

CÁN. Ahora me las pagarás todas juntas!

ALB. Socorro!

CÁN. Chilla, chilla!...

ALB. Que me matan! Socorro! (*Canuto acaba por sujetar á Alberto: entonces abriendo la puerta, le deja caer de golpe; ruido como de uno que ruedá las escaleras.*)ALB. (*con un grito doloroso.*) Ay!CÁN. Ya debe haber llegado á la calle. (*la puerta del gabinete se agita: Canuto corre á abrirla.*) Abramos ahora á este otro.

ESCENA VII.

D. CARLOS, CANUTO.

CÁN. (*sale rápidamente.*) Me quieres decir qué ocurre aquí, y por qué me has encerrado?

CÁN. Ha oido V. por ventura?...

CÁN. Lo he oido todo.

CAN. (*aparte.*) Santa Bárbara!
 CÁN. Pero no he comprendido ni esto!
 CAN. Ah! (*con alegría.*)
 CÁN. Hablaban de llevar preso á alguno... se trataba por ventura de mí?
 CAN. Justamente, señor. Era un guardia civil.
 CÁN. Es posible! (*aparte.*) Y es el marido de Cecilia!
 CAN. Pero yo he conseguido que se marche, aunque con bastante trabajo.
 CÁN. (*echando mano al bolsillo.*) Bravo, tío Canuto.
 CAN. (*aparte, siguiendo con la vista el movimiento de Don Carlos, aparte.*) Ahora sí que vá de verás!
 CÁN. (*sacando el reloj del bolsillo.*) Son las cinco!
 CAN. (*aparte.*) Habrá roñoso! Siempre me engaña.
 CÁN. Ya es tiempo de continuar mis pesquisas, porque además de no haber encontrado mi llave, esa mujer que se me ha aparecido aquí...
 CAN. (*muy sorprendido.*) Aquí? En este cuarto?
 CÁN. Sí.
 CAN. Pues yo no he visto entrar á nadie.
 CÁN. Era esposa del guardia civil que ha venido á buscarme.
 CAN. Esposa del guardia civil?
 CÁN. Ella le conoció en la voz...
 CAN. (*atónito.*) Qué me dice V?
 CÁN. Bonito lance! Estoy enamorado de la mujer de un guardia civil, que se deja cortejar por un coracero, y yo soy á un tiempo rival del coracero y del guardia civil.
 CAN. (*aparte.*) Y yo que he inventado todo este lío, no entiendo una palabra de él. (*se dirige hacia el fondo.*)
 CÁN. Mi viaje está lleno de aventuras y de peripecias novelescas.
 CAN. (*que ha abierto la puerta de la escalera, se detiene estupefacto, mira hacia afuera, y exclama:*) Señor, un guardia civil! (*aparte.*) Y ahora es de verdad.
 CÁN. (*aparte.*) Me atraparon!

ESCENA VIII.

D. CÁNLOS, LORENZO, el tío CANUTO.

LOR. (*dando dos pasos en la escena, pero quedándose cerca de la puerta.*) Existe en estos sitios un ser que se intitula D. Carlos de Aguilar? (*Lorenzo es un personaje tieso y grave, que habla con pretensiones, pero que no mira á su interlocutor cuando se dirige á él.*)
 CÁN. (*adelantándose, con el aspecto de una víctima que vá al suplicio.*) Yo soy civil; pero le aseguro á V. que me han calumniado.
 LOR. Eso no es de mi incumbencia. Apóyese V. en mi brazo, señora. (*presenta el brazo izquierdo á Don Carlos.*)
 CÁN. (*aparte, sorprendido.*) Señora! (*alto.*) Por qué me llama V. señora?
 CAN. Civil, se inquivoca V.
 LOR. (*dando un empujon á Canuto.*) No hago mas que cumplir con mi deber. (*á D. Carlos.*) Lá orden dice que doña Emilia Campazas, que lleva el nombre de Carlos de Aguilar...
 CÁN. Cómo!...
 LOR. Está obligada á volver á casa de su marido. Con que, señora, vamos allá. (*vuelve á presentarla el brazo.*)
 CÁN. Pero en nombre del cielo, sargento, por muy eiego que sea un marido, no es posible que me confunda V. con su mujer.
 LOR. (*severamente.*) Mi mujer? Ruego á V. que mida sus palabras. Yo soy soltero.
 CÁN. (*aparte.*) Soltero! (*á Canuto, que está á su lado.*) Soltero?

CAN. (*bajo á D. Carlos.*) Es que no es el mismo de antes.
 CÁN. (*aparte.*) Pues señor, mi cuarto se ha convertido en un cuartel. (*alto.*) Sargento, perdone V.; pero si viene á buscar á doña Emilia, bien puede V. ver que se equivoca.
 LOR. Las mujeres bonitas tienen muchas camándulas.
 CÁN. (*riéndose.*) Ah! Me toma por una mujer bonita!
 LOR. No entro en esos detalles.
 CAN. (*riéndose.*) Já! já! já! (*aparte.*) A mí me debe también este quil por quo.
 CÁN. Pero, amigo mío, V. tiene ojos en la cara...
 LOR. No trate V. de seducirme!
 CÁN. Diantre! No tengo gana de tal cosa.
 LOR. Soy esclavo de mi deber, y mi alma es tan fria como la hoja de mi sable. Así, insensible á las miradas de la mujer mas linda, no lo digo por V., señora, desprecio los halagos, las coqueterías, las seducciones... Esto se entiende cuando estoy de servicio; que cuando no... tengo mi alma en mi armario, como cada hijo de vecino.
 CÁN. De veras?
 CAN. Nadie lo sospecharia...
 LOR. Entonces soy amable, galante, atrevido con las mujeres...
 CÁN. Conque atrevidillo, eh?
 CAN. Si tiene V. una cara de conquistador!
 LOR. Tengo un humor, y unas ocurrencias... y soy tan gracioso, tan gracioso, que las muchachas se desternillan de risa. Já! já! já! (*riéndose.*)
 CAN. y CAN. (*riéndose con él.*) Já! já! já!
 LOR. (*notando la familiaridad de los otros.*) Pero creó que he perdido mi dignidad, y que me faltan Vds. al respeto. Señora, tome V. mi brazo, y andando.
 CÁN. Pero sargento, deme V. su invencible mano, pásela por mi barba, y dígame V. despues si soy mujer. (*lo hace.*)
 LOR. (*que ha hecho un gesto de dolor, sacudiendo la mano.*) Eso no prueba nada! Hay permisos de primer orden, que se afeitan tres veces por semana. Conque, vamos.
 CAN. Pues bien, yo le digo que no se le llevará V.
 LOR. Rebelion contra la autoridad! (*dándole un empujon: Canuto vacila, y se mete en el gabinete.*)
 CAN. Habrá hombre mas testarudo! Voy á buscar otras pruebas!
 CÁN. Sargento, juro á V. que no pertenezco al bello sexo...
 CAN. (*sale del gabinete con una escopeta y un revolver.*) Y en prueba, aquí tiene V. la escopeta con que sale á caza, el revolver que saca por las noches...
 LOR. Dónde está el permiso para usar armas?
 CAN. No lo tiene; porque acaba de llegar de la isla de la Cuba.
 LOR. (*con severidad.*) Silencio tú.
 CÁN. Pero aquí esta mi pasaporte, donde puede V. ver mis señas personales.
 LOR. (*recorriendo el pasaporte.*) «Don Carlos de Aguilar, soltero.» (*con desconfianza, ocultando el pasaporte.*) Cómo se llama V?
 CÁN. Carlos de Aguilar, natural de Madrid.
 LOR. Eso es. (*lee examinando á D. Carlos.*) «Ojos azules, barba idem.»
 CÁN. Barba idem. Lo ve V?
 LOR. (*devolviéndole el pasaporte.*) Convengo que las apariencias...
 CÁN. Gracias, sargento, gracias... aunque sea V. la primera persona que ha dudado de mi sexo.
 LOR. En cuanto á tí, que te has rebelado contra mi

autoridad, ven conmigo. (coje á Canuto por el cuello.)

CAN. (forcejeando.) Cómo? Por qué? D. Cárlos, señor D. Cárlos, defiéndame V. por Dios.

CÁR. Vamos, sargento, perdónele V.

LOR. No, no; ha faltado al respeto que me debe, y no hay absolución.

CAN. (luchando y gritando con todos sus pulmones.) No, no... no iré... Socorro! Socorro!

LOR. Pues yo te digo que vendrás. (Sigue la lucha, hasta que desaparecen. Canuto se agarra al sillón, que cae al suelo. Lorenzo arrastra fuera á Canuto.)

ESCENA IX.

D. CÁRLOS solo. (Durante esta escena anochece.)

(Levantando el sillón.) Pataplum! Mi silla de posta ha volcado y no tengo la llave del escritorio. (abre la puerta y grita.) Oye, tío Canuto, di á tu mujer que me envíe un cerrajero. (vuelve á cerrar la puerta.) Cuántas aventuras y cuántos accidentes! Mi viaje á América no ofrece nada comparable al que estoy haciendo al rededor de mi cuarto! (se sienta en el sillón.) Multitud de misterios... un sargento de la guardia civil... (baja gradualmente la voz.) Dos sargentos, un portero á quien se llevan preso... una mujer que, según parece, ha tomado mi nombre... Una Cecilia que entra aquí como Pedro por su casa, y que desaparece sin que yo sepa por donde... Estoy rendido! El cansancio... las emociones... Me estoy muriendo de sueño... y se me figura que veo al marido furioso... á Cecilia... al sargento... al tío Canuto que bailan juntos una galop infernal. (se duerme enteramente.)

ESCENA X.

Dichos, CECILIA, EMILIA.

(Las dos salen por el armario; Emilia, siempre de hombre, trae una linterna sorda en la mano. Dejan abierta la puerta del armario que dá al teatro.)

EMI. Entremos. (desde la puerta.)

CEC. No hay luz. (detrás de Emilia.)

EMI. Por fortuna el tal D. Cárlos debe haber salido. El portero me ofreció alejarle de aquí, para que mientras tanto pudiese yo recoger mis efectos. (se dirige hácia el escritorio y lo abre.)

CEC. Tenias ahí mis papeles también, no es verdad?

EMI. (sacando un cofrecillo.) Aquí estan.

CEC. Dámelos. (se los guarda en el bolsillo.)

EMI. Los habia encerrado, para mayor seguridad, en este escritorio, con mis alhajas y las cartas que me escribió Diego Ramirez.

CÁR. (soñando.) Cecilia!

CEC. (creyendo que es Emilia quien la llama.) Qué quieres?

EMI. (poniendo el cofrecillo sobre el escritorio.) Yo? Si no te he llamado!

CÁR. (despertándose á medias, despues de haber dado un ronquido.) Soñaba que solo con mi dedo habia abierto el escritorio. (Estiende el brazo izquierdo, y deja caer el monton de libros que está en la mesa.)

CEC. (Asustada, á Emilia.) No has oido?

EMI. (Que pone la linterna encima del escritorio, con la

luz vuelta hácia la pared.) Cielos! (cierra con ruido el escritorio.)

CÁR. (Despertándose enteramente y levantándose con espanto.) Qué ruido es ese?

CEC. Vámonos, Emilia. Aquí hay alguien.

EMI. Estoy muerta de miedo.

CEC. Y yo también!

EMI. Dios mio! Si serán ladrones! (se acerca al escritorio y hace ruido al quitar la llave; despues toma el cofrecillo.)

CÁR. (con terror aparte.) Están violentando mi escritorio. (se dirige á tientas hácia el sitio de donde sale el ruido.)

CEC. (á Emilia, bajo.) Ven pronto. (coje de la mano á Emilia, y las dos atraviesan con precaucion la escena.)

CÁR. (adelantándose á tientas, tropieza con Emilia.) Ya te he cogido, bribon!

CEC. Ah!... (separándose de Cecilia.)

EMI. (asustada.) No me haga V. nada! No me haga V. nada!

CÁR. Voy á hacer contigo lo que tú has hecho con mi escritorio; voy á registrarte.

CEC. (reconociendo la voz.) Es D. Cárlos! (en su espanto pierde el tino y no sabe por donde anda.)

EMI. (á D. Cárlos.) En nombre del Cielo, no grite V. Tome V. esto... Despues volveré á buscarlo. (se escapa, y se dirige hácia el centro del teatro.)

CÁR. Cómo! Que volverá? Estos ladrones tienen un descaro inconcebible!

(En este instante, Cecilia, tropezando con la mesa, la derriba; vuelve á mitad del teatro y se encuentra con Emilia, que la coje la mano. Al ruido que hace la mesa, D. Cárlos dice)

Otro por aquel lado! Esto es una caverna de bandidos!

EMI. (á Cecilia.) Y el portero que me habia prometido que lo haria salir! (se dirigen á tientas hácia el armario.)

CÁR. El tío Canuto debe ser su cómplice... Pero venderé cara mi vida! Dónde podria esconderme? (vá á tientas hácia el armario, y tropieza con Emilia y Cecilia que se encaminaban allí.)

LOS TRES. Ah! (con un agudo grito.)

(Al tropezar con ellas, D. Cárlos ha separado á Cecilia y Emilia, pasando por enmedio de ellas. En su terror, Cecilia se refugia en la alcoba, alzando las cortinas; Emilia huye por el armario, cuyas puertas cierra: D. Cárlos huye al prosenio.)

CÁR. (gritando.) A las armas! Socorro! Socorro! (para sí mismo lleno de terror.) Lo menos son noventa y dos!

ESCENA XI.

DON CÁRLOS, solo.

CÁR. (despues de una pausa.) He oido abrir y cerrar una puerta... Se habrán marchado? (viendo la linterna.)

Una linterna... sorda. He aqui otra prueba de que eran bandidos! Sin duda mi valor les ha puesto en fuga. Aprovechémonos de esta luz para aclarar las cosas. (tropieza con su escopeta y el revolver.) Qué es esto? (con terror.) Al huir han olvidado sus armas. (se acerca á la mesa y enciende una bujia.) Iluminemos el teatro de tantos horrores! (temblando.) Dios mio! Iré á encontrar algun cadáver? Habré muerto á alguno sin saberlo? (volviendo la cabeza como si oyese ruido.) Eh?... No, no, no es nada. (enciende la se-

gunda bujía, dirige una ojeada al cuarto, se tranquiliza, y apaga la linterna.) No hay nadie! Cobardes! Han tenido miedo de mí... de un hombre solo! Eso demuestra que tengo reputacion de valiente. Sin embargo, tomemos algunas precauciones... *(levanta la mesa, y recoge la escopeta y el revolver que empuña victoriosamente.)* Y yo que deseaba emociones de viaje! Ya he tenido sobradas! Si hubiese podido matar á alguno! *(apunta con el revolver y tropieza con la escopeta en la silla inmediata. Entonces grita asustado.)* Quién vá? *(volviéndose.)* ah! Es esta maldita silla! *(Dá un puntapié á la silla y al propio tiempo vé moverse las cortinas de la alcoba.)* Me parece que esa cortina se mueve! *(con espanto.)* Se han escondido todos ahí! *(vuelve á moverse la cortina. D. Carlos grita con fuerza retrocediendo hacia el proscenio.)* Quién... Quién... quién vive? No responden nada! Acaso será el viento? *(tranquilizándose.)* Es el viento! *(se acerca á la alcoba, blandiendo la escopeta.)* Es esa cortina que ha temblado... la cobarde! *(Cecilia separa las cortinas, detrás de las cuales está arrodillada en una postura graciosa.)* Hay gente! *(volviendo la cabeza.)* No tire V. por Diös! No tire V!

ESCENA XII.

Dicho, CECILIA.

CEC. Y con qué he de tirar, santo varon?
 CÁN. *(estupefacto.)* Cecilia!
 CEC. *(riéndose.)* Qué susto se ha llevado V!
 CÁN. Otra vez V., señora? Por la mañana, creyéndome ausente, se introdujo aquí para proyectar mejor su crimen; y esta noche, auxiliada por su banda de salteadores...
 CEC. Mi banda? En primer lugar no óramos mas que diös.
 CÁN. Está V. segura de ello? *(aparte.)* Yo he tenido miedo por muchos mas. *(Cecilia dá un paso hácia él.)* No se acerque V. *(siempre con las armas en las manos.)*
 CEC. *(Riéndose.)* Me guardaré bien; V. me asusta, me impone...
 CÁN. *(aparte, furioso.)* Se rie! Se atreve á reirse!
 CEC. Quiere V. fusilarme? Vamos, apiádese de mí y suelte esa pícara escopeta. El mismo Dios de la guerra, segun cuenta la historia, se dejó desarmar por una mujer. *(le arranca la escopeta que pone en un rincon.)*
 CÁN. *(aparte con satisfaccion.)* Me compara con el Dios Marte... y me quita la escopeta... Esto es abusar de la mitología.
 CEC. Míreme usted ahora, y recobre un poco de valor.
 CÁN. Pues qué, me ha faltado alguna vez?
 CEC. Tengo yo trazas de ser capitana de ladrones?
 CÁN. No, no; es V. bonita; muy bonita; pero me acuerdo de haber visto una zarzuela que se llama *Los Diamantes de la corona*, en la cual...
 CEC. Eh! suelte tambien esa pistola... Para lo que le ha servido á V! *(se la quita y la pone sobre la mesa.)*
 CÁN. *(aparte.)* Este mónstruo es encantador!
 CEC. *(con gracia.)* No tiene V. confianza en mí?
 CÁN. *(en tono de duda.)* Yo...
 CEC. Suponga V. que, por motivos muy poderosos, una mujer haya tenido que separarse de su marido.
 CÁN. Sí, pero entrar en casa de un hombre, y violentar su escritorio...
 CEC. Por huir de alguno, ha podido verse en la nece-

sidad de dar un paso que inspira sospechas ofensivas...

CÁN. Comprendo eso... es decir, comprendo... no comprendo... pero en fin, comprendo.
 CEC. Ruego á V. que no hable palabra sobre lo que ha ocurrido aquí esta noche; y mi gratitud...
 CÁN. *(con alegría.)* Su gratitud!
 CEC. *(dando un paso hácia él.)* Sí, sí...
 CÁN. *(retrocediendo, como para huir del encanto que ejerce sobre él.)* Señora, prevengo á V. que si trata de commoverme... No abuse, pues, de sus atractivos, los cuales, á pesar de la mala idea que tengo de V., confieso que son irresistibles.
 CEC. *(sorprendida.)* Cómo!
 CÁN. Quiero olvidarlo todo, todo.
 CEC. *(aparte.)* Es un buen muchacho. *(alto.)* Veo que es menester decirle á V. toda la verdad.
 CÁN. Si, si; bien lo necesito.
 CEC. Pues bien, sepa V... *(llaman á la puerta de la escalera.)* Dios mio! Si me sorprendiesen aquí con V! *(se dirige hácia el armario.)*
 CÁN. *(aparte.)* Teme comprometerme. *(á Cecilia.)* A dónde vá V? Eso es un armario.
 CEC. No importa. *(entra en el armario y cierra la puerta.)*
 CÁN. En efecto; ahí cabe muy bien. *(llaman mas fuerte.)*

ESCENA XIII.

D. CÁRLOS, CANUTO, dentro.

CÁN. Quién está ahí?
 CAN. Soy yo... el tio Canuto.
 CÁN. Él!
 CAN. Han reconocido mi inocencia.
 CÁN. Tu inocencia, tanante?
 CAN. Ha parecido la llave del escritorio?
 CÁN. No.
 CAN. Pues como es Domingo, mi mujer no ha encontrado ningun cerrajero: pero traigo un instrumento punzante, con el cual le despacharé á V.
 CÁN. *(asustado.)* Punzante!
 CAN. Muy punzante.
 CÁN. *(aparte.)* Ah! bribon! Viene á perpetrar un crimen!
 CAN. Abrame V!
 CÁN. En canal te abriria de buena gana. Lo mejor es hacer una barricada para que no puedan forzar esa puerta. *(coje la mesa y la pone delante de la puerta.)*
 CAN. No ha oido V? Le despacho á V. en un momento.
 CÁN. *(poniendo sillas sobre la mesa.)* Qué malvado! No tiene entrañas esa fiera!
 CAN. Qué, se vá V. á acostar? Pues entonces, buenas noches, señor. *(se aleja.)*
 CÁN. *(poniendo otros muebles sobre la mesa.)* Así no tengo nada que temer. *(Ruido de un vidrio roto en la ventana; una mano pasa por allí, y abre la falleva.)*

ESCENA XIV.

D. CÁRLOS, D. ALBERTO.

CÁN. *(asustado.)* Qué es esto? Santo Cielo! *(se esconde entre la cortina de la alcoba.)*
 ALB. *(abriendo la ventana.)* Ya estoy dentro, gracias á la escalera que encontré en el patio. *(salta al cuarto y cierra la ventana.)*

CÁR. (*tremulo.*) El ladrón de antes! Bien dijo que volvería!

ALB. Allí es donde ella estaba. (*se dirige al gabinete.*)

CÁR. (*temblando.*) Habrá olvidado algo! (*quiere huir y le vé D. Alberto.*)

ALB. Qué veo! Un hombre en el cuarto de mi mujer! Conque era verdad?

CÁR. (*de lejos y con temor.*) Viene V. á acabar de robar-me, pícaro ladrón?

ALB. Qué lenguaje es ese, cuando eres tú quién me ha robado lo mas precioso que poseía?

CÁR. No; yo no he hecho sino recobrar lo que me había V. quitado antes; este cofrecillo que encierra... (*lo abre.*)

ALB. Las joyas de mi mujer! (*apoderándose de ellas.*)

CÁR. Las joyas de su mujer! De quién es esta quincallería que no me pertenece?

ALB. Su retrato! (*sacándolo.*) Su retrato que ella mandó hácer para mí!

CÁR. (*mirándolo.*) Toma! Pues no se parece nada!

ALB. Ah! Tú acabas de venderte, infame raptor! (*avanzando hacia D. Carlos que retrocede.*)

CÁR. (*gritando.*) Caballero, yo no te conozco.

ALB. Me llamo D. Alberto Espantaleón.

CÁR. El marido de Cecilia! Y se ha quitado el uniforme!

ALB. (*sacando papeles del cofrecillo.*) Cartas! Tu correspondencia con la pérfida! Era lo único que me faltaba! Y dónde está la esposa criminal? Ya sabré yo encontrarla! (*entra rápidamente en el gabinete.*)

CÁR. Habré yo sido capaz de escribir á su mujer? Pasan aquí cosas tan sorprendentes, que todo es posible. (*corriendo al armario.*) Señora... Señora! No salga V! Está furioso!

ALB. (*saliendo.*) No hay nadie. (*viendo á D. Carlos junto al armario.*) Ahí debe estar! (*se acerca á D. Carlos.*)

CÁR. (*apoyado en la puerta y resueltamente.*) Deténgase V., y aunque me haga pedazos...

ALB. (*cogiéndole por un brazo.*) Quitate, miserable! (*abre el armario.*)

CÁR. (*con espanto.*) Ah! Pobre mujer!

ALB. Nadie! Nadie tampoco!

CÁR. Cómo! Nadie? Habrá desaparecido entre los platos? Continúan los misterios!

ALB. (*furioso, apoderándose de la escopeta.*) Devuélveme mi mujer, infame! (*dando un golpe en el suelo con la escopeta.*)

CÁR. (*mirando á la puerta de la escalera.*) Y yo que he puesto allí aquella barricada! Es imposible huir!

ALB. (*persiguiéndole*) Dime dónde la has ocultado, ó te meto una bala en el cuerpo.

CÁR. (*parapetándose detrás de una mesa.*) Compasion! Compasion de mí!

ESCENA XV.

Dichos, CECILIA y EMILIA de mujer.

EMI. Detente! (*salen por el armario que dejan abierto.*)

ALB. Ella es!

CÁR. Dos! Son dos... ó veo los objetos dobles.

ALB. Señora, todo ha acabado entre nosotros!

CEG. Oyeme: nada mas fácil que restablecer la paz.

CÁR. Eso es lo mejor.

CEG. El señor, que es muy aficionado á los viajes...

ALB. Es el amante de mi mujer. (*movimiento negativo de las dos.*)

CÁR. (*á Cecilia.*) Responda V. á su marido, señora.

CEG. Mi marido? Si yo no soy casada!

CÁR. No es casada! Qué horror!

EMI. La esposa de este caballero, soy yo.

CÁR. Usted? Y se llama V. Cecilia?

EMI. Me llamo Emilia.

CÁR. Pero entonces, Señor Sargento...

ALB. (*furioso.*) Yo no soy sargento.

CÁR. Que no es sargento?

ALB. Soy un marido... ultrajado por V!

CÁR. (*con energía.*) Se equivoca V. El amante de esta señora es un coracero.

CEG. y EMI. Ah!

ALB. (*sacando las cartas del cofrecillo.*) Un coracero! Entonces estas cartas...

EMI. Léalas V., seo majadero, y ellas le explicarán...

CÁR. No; nada de explicaciones! No quiero mas explicaciones, porque cada vez me embrollo mas!

ALB. (*que ha leído una carta.*) Gran Dios!

CÁR. (*dando un salto.*) Cómo! Gran Dios!

ALB. (*gritando.*) Ese Diego, mi sócio, es un criminal!

CÁR. Diego? Dónde está? Quién es ese hombre? (*fuera de sí.*)

ALB. Y sin embargo, este cuarto es del señor. (*asentimiento de las dos mujeres.*)

CÁR. Si, es mi cuarto. (*á Cecilia que vá á hablar.*) Pero nada de explicaciones.

EMI. (*á Alberto.*) Me refugié aquí para huir de tu querido Diego Ramirez, y para estar cerca de Cecilia en esta habitacion que me había alquilado el portero.

CÁR. (*estupefacto.*) Mi habitacion! Había alquilado mi habitacion!

EMI. Este caballero estaba en América...

ALB. Es posible? Ahora lo comprendo todo! (*pone en tierra el cofrecillo; se arrodilla encima y besa las manos de su mujer.*)

CÁR. Comprende! Un hombre tan estúpido! Eso es humillante para mí! (*se dirige á la puerta de la escalera, deteniéndose al oír la voz del tío Canuto.*)

ESCENA XVI.

Dichos, el tío CANUTO.

CÁR. (*dentro.*) Señorita Cecilia! (*sale por el armario, y se detiene al ver á Emilia de mujer.*) Calle! D. Emilio se ha disfrazado de mujer!

CÁR. Conque aquí se entra por los armarios? De dónde vienes por ahí?

CAN. Del cuarto de la señorita Cecilia.

CÁR. De Cecilia? (*con alegría.*) Ah Esas apariciones!... Comprendo, comprendo!

CEG. Gracias á Dios!

CAN. (*á Cecilia.*) Traigo una carta para V... Aquí está! A Doña Cecilia Gutierrez.

CÁR. Gutierrez! (*mientras Cecilia abre y lee.*)

EMI. Es relativa á la herencia?

CEG. Si, que debo partir con un estravagante, á quien no conozco.

CÁR. Seria V., por ventura, sobrina de D. Fulgencio Gutierrez?

CEG. Justamente.

CÁR. (*con júbilo, yendo del uno al otro como un loco, y dando á cada cual los nombres trocados.*) Cecilia! Señora! Ah! Alberto! Amigo D. Canuto!

Todos. Qué, qué?

CÁR. Que yo soy ese estravagante. Y V., Cecilia, será la vieja de mi prima... es decir, la hija de la vieja... Con que es V. mi prima? Con que yo soy suprimo?

Conque aquella es mi prima? Conque todos somos primos? Así, lo que fui á buscar tan lejos, las emociones mas vivas, lo inesperado, la ansiedad, el júbilo, todo lo he encontrado en mi cuarto, todo menos mi llave.

EMI. Tómela V. (*dándosela.*)

CÁR. Ahora solo me falta encontrar una mujer. . . una compañera de mi vida. . . La encontraré también aquí?

CEC. (*bajando los ojos.*) Quizás!

CÁR. Ya que tantas emociones (*Al público.*) en un viaje he encontrado, y que al puerto hemos llegado sin vuelcos ni tropezones,

apláudeme, y te prometo por acción tan meritoria, guardar eterna memoria de este viaje á pié quieto.

FIN.

MADRID:

IMPRESA DE GABRIEL ALHAMBRA,
San Bernardo, 73.

—
1868.